

El sonido del viento

*Algunas despedidas
no son el final.*

HAY AMORES QUE NI LA MUERTE PUEDE LLEVARSE.



El sonido del viento

Por

Carolina Villa Sánchez

2026

© Todos los derechos reservados

Para Burbuja,

el ángel más hermoso que ha pisado la tierra

y el amor de mi vida.

Día 1

El sentimiento de que el alma había dejado mi cuerpo esa misma tarde en que Burbuja murió fue abrumador; sin embargo, no se comparó con el escalofrío que recorrió mi columna a las 2:27 a.m., luego de oír cómo rasguñaban desesperadamente la puerta de mi cuarto justo como ella solía hacer cuando olvidaba dejársela ajustada para que pudiera entrar cuando deseara. Me quedé paralizada, pensando que tal vez era mi imaginación porque, claramente, debía serlo, había acabado de sostener su cadáver durante lo que parecía una eternidad ese mismo día en el sofá en el que nos acurrucábamos juntas en la noche.

El sonido continuó por un minuto y, aunque sabía que no era posible, que ella ya había partido, abrí la puerta con el corazón en la mano y la esperanza intacta de verla allí; sin embargo, y como era de esperarse, no estaba, aunque si hubiera sido más detallista y no hubiera estado tan oscuro, habría podido evidenciar que la puerta tenía tres rasguños profundos recién hechos, antes de volver a la cama para seguir derrumbándome en el llanto o hasta que el cansancio me derrotara.

Día 2

Al día siguiente, cuando preparaba mi desayuno, fue inevitable no ir a llenar el plato de Burbuja, cambiar su agua y ubicarlos al lado de mi comedor, el cual recibía el viento fresco y puro de la mañana traído directamente desde las montañas de Takayama; fue inevitable no recordar cómo cerraba sus ojos cuando el viento le daba en la cara, la lucha perdida siempre que le regañaba por intentar morder mis plantas y cómo nos quedábamos juntas en el ventanal que daba a nuestro patio con vista al paisaje natural por el cual era reconocido mi pueblo.

Intenté seguir con mi día con la misma naturalidad de quien decide ignorar al elefante en la habitación, resolví los pendientes atrasados que había acumulado desde que tuve que empezar a llevar a *Burbu* al veterinario, recogí los platos sucios y los lavé todos después de cuatro noches intentando mezclar sus comidas favoritas para que recibiera algo de alimento, barrí y trapeé el piso por el que se había echado innumerables veces mientras escuchábamos música en las tardes y,

finalmente, tuve el valor de sacar la aspiradora del cuarto útil para comenzar a pasarla por todos los muebles donde ella solía pasar los días, especialmente en la camita que le había comprado por internet hacía unos años y la cual había sido un éxito total, pues desde el primer día hasta su último en la tierra, la acogió con amor y cuidado.

Hice la tarea con calma, parsimonia y con mares saliendo incontrolablemente por mis ojos, mientras los jadeos y respiraciones que intentaba controlar me ganaban olímpicamente la batalla.

Hice de todo en la casa para no dejarme espacio a pensar demasiado, ya había organizado la casa y contestado los mensajes dándome apoyo de mi padre y mi pareja, quien había sido quien había estado conmigo la trágica tarde anterior, sin decir una palabra, pero inundándome con su presencia; lo único que quedaba por recoger eran sus platos de comida y agua y su cama pues, siendo ya la noche, me había convencido de que podía hacerlo.

Sin embargo, cuando fui a cumplir con la tarea, el corazón se me cayó al fondo del estómago cuando vi que el plato que antes contenía agua ahora estaba a un cuarto de donde lo había llenado y el que albergaba su alimento ahora estaba casi terminado, miré a todas partes buscando a algún animal que tal vez pudiera haberse colado por el ventanal que daba a mi comedor y hubiera podido comer y beber de los platos, aunque deseché la idea casi inmediatamente cuando recordé que todo el perímetro de mi propiedad estaba cercado, las ventanas que habían en el resto de mi casa eran, aunque grandes, lo suficientemente altas como para que alguien o algo no pudiera entrar sin hacer ruido.

Quise pensar entonces que debía ser por el cansancio y el dolor tan reciente de la partida de Burbuja, que estaba comenzando a imaginar cosas, a lo mejor no había llenado los platos como creí haberlo hecho; de lo que sí estaba segura era de que no había visto su juguete favorito en medio del pasillo, una liga para el cabello de color negra que ella arrastraba y perseguía por toda la casa. Estaba muy segura de haberla puesto sobre mi tocador cuando me solté el cabello luego de aseo mi casa esa tarde. No había forma en que estuviera allí a plena vista, casi gritando por mi atención; iba a ir hacia allí cuando el sonido del timbre me sobre saltó de una manera en la que casi dejo caer ambos platos medio vacíos, los cuales aún tenía en las manos.

- ¡Ya voy! -grité, a la vez que dejaba en el fregadero ambos recipientes y me apuraba a

la puerta para abrir, encontrándome de cara con mi vecina.

Rin llevaba su usual chal de color negro y unas zapatillas algo desgastadas por su uso; era la vecina más cercana que tenía, vivía a unos cincuenta metros de mi propiedad y era reconocida en la zona por ser una señora mayor bastante misteriosa.

No tuve que decir nada cuando me extendió, con sus débiles y delicadas manos, un ramo de orquídeas y lirios, los cuales eran preciosos y seguramente le habían costado una fortuna. Mi cara debió haber dicho lo que con mis palabras no pude, porque Rin habló antes de que saliera de mi estupefacción.

- Supe lo de tu gatita -confesó, apenas en un susurro y con cierta tristeza en sus ojos-, lo

siento mucho, lo noté porque dejé de sentirla con la intensidad usual, aunque creo que aún no se ha ido del todo, ¿no?

Y si antes estaba confundida, ahora sí que era cierto que estaba anonada. La gente decía que Rin era enigmática y que tenía dones que iban más allá de nuestra percepción usual, pero siempre fue amable y respetuosa conmigo y con *Burbu*, incluso a veces venía de visita y ella se dejaba ver de mi vecina, cosa extraña porque era demasiado tímida.

- Gracias, Rin -respondí, luchando con el nudo en la garganta que no me quería dejar

sacar más palabras para inquirir, el recuerdo de mi *bebé* inundando mi ser-, son preciosas. ¿Quieres pasar? -le pregunté haciéndome a un lado, permitiendo que tuviera vista de mi casa, de primer plano al corredor.

Rin abrió los ojos considerablemente, a lo que me giré dispuesta a encontrar lo que había atraído su atención, sin embargo, no vi más que todo en su lugar, a excepción del juguete de Burbuja en medio del corredor.

- No, gracias -replicó, alternando su mirada entre el pasillo y mis ojos llenos de

confusión-, pero volveré, puedes estar segura de ello -finalizó, concluyendo con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

- Bien; gracias de nuevo, Rin -agradecí nuevamente, cerrando la puerta segundos

después de que se girara y se marchara, perdiéndose al doblar

el sendero rodeado de flores que había plantado cuando compré la casa.

Busqué un florero que había tirado casi al olvido en el cuarto útil, lo llené de agua y unas gotas de cloro para que las flores duraran más, las dejé al lado del ventanal que daba al patio, donde antes se ubicaba la cama de Burbuja, como forma de homenaje.

- Son para ti, *mi amor* -susurré apenas, tragándome el nudo en la garganta-, sé que te

gustan, lástima que ahora estas no podrás morderlas.

Decidí que, si me quedaba ahí parada mirando las flores, moriría de tristeza, eso era

seguro, así que me dispuse a lavar los platos que había llenado con su alimento y agua en

la mañana para terminarlos llevando a un gabinete en la misma cocina; fui a recoger la liga

para el cabello en medio del pasillo y la dejé esta vez en mi mesa de noche, al lado de mi

cama. Ya estaba lista para dormir y, por un segundo, dudé con la chapa de la puerta de mi

habitación en la mano. Decidí no cerrar la puerta esa noche.

Día 3

El hecho de que me despertara al día siguiente y la vida siguiera su curso normal me

pareció el peor de los insultos que se me podrían hacer; me parecía una injusticia total el

cómo el sol seguía saliendo cada mañana a calentar la tierra, cómo los pájaros seguían

cantando en los árboles y las personas seguían como si nada hubiese pasado mientras yo

estaba derrumbada en mi tristeza tratando de aceptar que ya, al

menos en este plano, no

volvería a ver a Burbuja. Me pareció egoísta y descarado el hecho de que yo misma

podiera seguir viva sin ella, sin mi apoyo, sin la bebé que adopté y crie luego de que

naciera en un pueblo destinada a un futuro que no era mejor que el de intentar sobrevivir;

intentar seguir con mi vida como si ella nunca hubiese estado me pareció una bajeza.

Había contestado los mensajes mis padres y mi pareja, siguiendo el hilo de conversación

cotidiana que habían optado por tener para evitar, supongo yo, hacerme pensar mucho en

ella, en intentar sacarme de la melancolía que me agobiaba. No funcionó.

El agua tibia de la ducha relajó mis músculos y se llevó mis lágrimas, aunque no fueron

mis ojos hinchados ni mi cara roja lo que, una vez que salí de la ducha y me encontré

frente a mi sala, me hizo quedar sin palabras y fruncir el ceño, en cambio, fueron las

pequeñas marcas de diminutos dientes en las hojas del ramo de orquídeas que Rin me

había obsequiado. Me acerqué lo suficiente como para detallar, eran idénticas a las marcas

que Burbuja dejaba cuando me descuidaba un momento y alcanzaba a morder mis plantas.

No tenía sentido, el ventanal y todas las otras ventanas de mi casa estaban cerradas.

Me quedé quieta, luchando, más que con el miedo, con el profundo vacío que se hizo lugar

en mi pecho, porque, aunque ella ya no estaba físicamente, había dos posibilidades, o me

estaba volviendo loca, o ella seguía acompañándome de una manera más trascendental, y

sinceramente no sabía cuál de las dos me atemorizaba más.

Fue entonces cuando me dejé caer sobre mis rodillas frente al florero, recordando ese día,

esa tarde más específicamente, en que murió; la memoria regresó a mí como una flecha al

corazón. No pude ayudarla, por más que me esforcé, por más que la llevé al veterinario, la

acompañé en las noches, seguí las recomendaciones al pie de la letra, conseguí la comida

que más le gustaba, le di todo y más de mi amor, a pesar de todo, nada sirvió. No importó

cuánto le rogara y le pidiera en medio del llanto desconsolado que no me dejara, que por

favor no me hiciera eso, muchísimo menos cuando faltaba menos de un mes para mi

cumpleaños; verla soportar la incomodidad y no poder hacer nada para mejorar su

condición simplemente me partía el alma en millones de piezas.

No sabía si habían pasado horas para cuando mis ojos se secaron y no pude llorar más,

podieron haber sido diez minutos o una semana, realmente no podía importarme menos;

sin embargo, los más de 14 mensajes de mi pareja y el hecho de que la única luz en el

firmamento viniera de la luna y las estrellas, me daba una idea. Respondí a sus mensajes

como buenamente pude, descartando sus disculpas por no poder

venir a verme como

quisiera ya que estaba en un viaje de trabajo y, aunque le dije que estaba bien, ambos

sabíamos que sin Burbuja nada podría estarlo, al menos en el futuro cercano.

Los pequeños pasitos rápidos que oí sobre el corredor me hicieron levantar la cabeza con

una rapidez casi dolorosa, eran idénticos al sonido de sus patitas en el piso de madera

cuando ella corría sobre él, ya fuera jugando o apurándose cuando escuchaba que

destapaba uno de sus premios favoritos, dejé caer el teléfono, no sabía decir si fue más

por el susto o la nostalgia que sentí.

- ¿Bebé? -pregunté a todo y a nada, la pregunta dejando mis labios subiendo apenas un

tono más alto al de un susurro-.

El suave murmullo de un maullido que oí parecía traído por la brisa fresca de la noche que

se colaba por el ventanal abierto, los vellos de la nuca se me erizaron y mis ojos, de alguna

manera, volvieron a aguarse a la vez que un jadeo se me escapaba. Burbuja amaba el

viento, podía recordar la imagen vívida de su carita con los ojos cerrados, mientras la

brisa, ya fuera de la mañana, tarde o noche, le acariciaba suavemente el pelaje,

refrescándola del insoportable calor del verano.

Los ahora suaves sonidos de sus pisadas se dirigieron a la habitación destinada a su

gimnasio y lugar donde tomaba, en una cobija cuadrada puesta delicadamente en el suelo,

el sol, el cual atacaba cada tarde para seducirla a echarse allí a tomar una siesta, siendo

acariciada por el suave calorcito que se colaba por la vidriera, especialmente en invierno.

Me levanté como pude, resintiendo en mis piernas el largo periodo de tiempo que

seguramente estuve allí arrodillada, me dirigí hacia la habitación en cuestión y, a

diferencia del resto de la casa que tenía una vibra fría y algo lúgubre desde que ella se

había ido, la habitación se sentía cálida, amena, cercana; se sentía como *hogar*. Pasé

suavemente las yemas de mis dedos sobre el gimnasio ahora vacío, recorrí con mis ojos el

camino que usualmente hacía cuando jugaba en él y, finalmente, me senté en la silla

mecedora que tenía al lado de la ventana, de forma en que cuando ella se echara a recibir

el sol en su manta, yo estuviera a su lado leyendo alguno de los libros que usualmente

compraba en las ferias locales.

Mi mente tomó las riendas allí sentada, mientras la silla me mecía suavemente, pensando

en cada momento importante y significativo de Burbuja en mi vida: la cajita en la que

llegó cuando la conocí y lo diminuta que era, cuando parecía saber en qué momentos no

me encontraba bien y me complacía con su presencia, ya fuera acostada conmigo en mi

cama o simplemente compartiendo la misma habitación, su emoción al recibirme cuando

me ausentaba de casa por cortos periodos de tiempo, verla cerrar sus ojitos cuando el

viento era demasiado al estar en el patio o mientras yo arreglaba el jardín, cómo siempre

hallaba la forma de morder mis plantas a escondidas, la manera en que nos correteábamos

por la casa cuando estaba juguetona o simplemente cuando me dejaba mimarla.

Esa noche me quedé dormida en la silla mecedora, con los ojos rojos y una calidez a mi

lado.

Día 4

El timbre sonó en la lejanía, los atisbos de un sueño ameno y tranquilo se disiparon tan

rápido como pudieron y me levanté de la silla, mirando alrededor de la habitación y

recordando que me había sentada allí en la noche y había caído dormitando en el lugar

debido al cansancio, mayormente mental. El segundo timbre resonó por toda la casa, esta

vez más claramente, y me paré en dirección a la puerta principal, dejando la habitación

vacía con la silla todavía meciéndose y la manta en el suelo, al lado, aún tibia.

Había olvidado por completo que el servicio fúnebre de Burbuja llegaría esa tarde, tal

como lo decía en la información que me habían enviado al teléfono cuando se llevaron su

cuerpecito. Recibir la tula que contenía la caja de tamaño mediano, hecha de madera y

pintada en color blanco, hizo que el piso bajo mis pies se hundiera hasta el centro de la

tierra. La materialización de su muerte en mis manos, la realización de que era algo muy

real, tangible incluso, hizo que me doliera la cabeza en demasía. Despedí al encargado de

entregármela luego de firmar el papeleo, la llevé al comedor y esperé, ¿a qué?, no sabía;

tardé aproximadamente 2 horas, las cuales utilicé para hacer cualquier cosa, en decidirme a

abrir el contenido y sacarla de allí.

La caja que contenía la bolsa con sus cenizas fue lo menos duro de ver, no puedo decir lo

mismo de la hoja con las impresiones de su naricita y sus huellitas, al igual que la carta

que traía, con un texto que rezaba:

“Quería pasar el resto mi vida contigo,

pero me honra profundamente saber

que pasaste el resto de tu vida conmigo”

La tristeza que había sentido días antes, no se comparaba con el vacío y la desolación que

me estaba poseyendo en ese momento, las lágrimas que salían desbordadas por mis ojos

nunca alcanzarían a ser suficientes, jamás alcanzarían a reflejar el dolor en el alma y la

agonía que sentía al seguir la vida sin Burbuja, pues no perdí solo a mi mascota, perdí

también a mi *bebé*, a mi compañera incondicional, a la mayor y más pura muestra de amor

que Dios había puesto en mi vida, porque nada nunca te prepara para despedirte

indefinidamente de quien se robó, de la manera más inocente y desinteresada, tu corazón.

Me di cuenta en ese momento de que, en realidad, si me dieran toda una vida para

prepararme para ese momento, jamás lo habría podido terminar de hacer, supongo que por

eso mismo ese tipo de cosas pasan así; de repente, cuando crees que todo está bien y no

tienes ni la menor idea del apocalipsis que estás a punto de experimentar, cuando el

chocolate te sabe mejor que nunca, cuando las flores que tanto cuidaste, comienzan a

florecer, cuando acabas de ver una película que te encantó o cuando decides hacer de tu

sala una pista de baile; y se sienten como miles de años lo que pasa en un segundo, la

fuerza que se saca de uno mismo para afrontar estas situaciones donde todo se viene abajo,

debería ser objeto de estudio; la fortaleza que se saca de donde solo hay dolor es la más

resistente de todas.

Sin embargo, esa noche me fui a dormir con la chispa de una resiliencia comenzando en

mi interior.

Día 5

Los arañazos en mis piernas, en ambas, de la rodilla hacia abajo, sin lugar a duda me

desconcertaron. Aquellas líneas en mi epidermis rasgada y roja, que lucían llamativas en

mi piel pálida, me descolocaron completamente y me hicieron no considerar, sino empezar

a tener la firme convicción de que me estaba volviendo loca.

¿Acaso era Burbuja, de alguna forma, intentando hacerme saber que estaba disgustada

conmigo, que la dejara ir, que no deseaba verme así? ¿o era algo más?

Estaba decidida a acabar con ello, cuando desperté esa mañana el sentimiento de

tranquilidad y plenitud me asombró a mí misma, la paz que sentía y que sólo la aceptación

de la pérdida irremediable puede brindar me sobrepasó. La chispa de resiliencia ahora

siendo un incendio en mí.

Me dirigí hacia afuera de mi cuarto, abrí todas las ventanas, ventilé la vivienda, la organicé

y limpié de la mejor forma posible, sentía que no solo estaba poniendo en orden mi casa,

sino mi mente y lo que sentía, dejando que entrara aire fresco y la luz del sol no solo al

inmueble, sino a mi mente, a mi corazón y a mi alma; las cosas que días anteriores me

llevaban a encontrarme con una absoluta e incommensurable aflicción ahora solo traían

recuerdos buenos y armonía. El pensamiento derrotista de que no había sido suficiente,

poco a poco, saliendo de mí, trayendo en su lugar la calma que necesitaba

desesperadamente abrazar.

Burbuja se había ido y no podía traerla de vuelta, sin embargo, no permití que se fuera sin

experimentar la calidez que solo un amor incondicional puede brindar, la protección de

una casa que ella misma transformó en *hogar*; no se fue sin sentir caricias, besos, abrazos,

amor, emoción ni paz, le di todo de mí así como sé que ella me dio todo de sí y, al final

por fin lo veía, después de días achacándome culpas y de dejar que la amargura me

sofocara, me di cuenta de que lo que en realidad debía sentir era gratitud por todas las

cosas buenas que le había podido dar a *Burbu*, porque le permití gozar del privilegio de no

haber experimentado nunca el abandono ni la necesidad.

Al final día, lo único que importaba era cuán feliz la había hecho, y me permito presumir

que lo hice en demasía.

Agarré la tula del día anterior y una breve mirada al ramo que seguía en perfecto estado

justo donde antes estaba su cama, me dio el valor que necesitaba; tomé la planta que venía

con Burbuja y me dirigí a plantarla en una maseta preciosa que tenía guardada para cuando

tuviera una ocasión especial y es que, ¿qué es más especial que honrar a quien te dio tanto

sin pedir nada?, la planta era hermosa, tenía líneas rosas en las hojas y estaba fuerte y *viva*,

la dejé en reemplazo del ramo que me había dado Rin días anteriores, ubicándola donde

antes estaba su camita al lado del ventanal que daba al patio donde tanto compartimos, el

ramo de Rin resolví dejarlo en la mesa de centro, decidí poner el cuadro con su foto en la

sala, donde pudiera verla siempre al igual que cualquier persona que entrara, la hoja con la

impresión de su naricita y sus huellas la dejé al inicio de mi libro favorito en la habitación

donde yo leía y ella tomaba el sol cuando no estaba jugando en su gimnasio. Dejé el ultimo

elemento que contenía la tula para la noche, pues había algo que quería hacer.

Esa tarde-noche mi pareja me escribió un mensaje donde decía que me había enviado algo

a mi domicilio que, no solo me recordaría por siempre a nuestra *bebé*, sino que traería aún

más paz a mi vida; llegó a las 7:04 p.m., abrí la caja y me quedé muda, sacando las

campanas de viento perfectamente empaquetadas para preservar su estado, corrí a

colgarlas en el patio y supe que era momento de sacar el ultimo elemento de la bolsa.

Fui a la cocina a buscar entre los cajones el encendedor que tenía casi olvidado, lo hallé

arrumado y lo probé 4 veces antes de verificar que seguía en buen estado; me dirigí a la

sala, al lado de la planta que acababa de sembrar, dejando la puerta del ventanal abierta

para poder sentir la brisa fresca de la noche mientras me sentaba en el suelo de madera,

había previamente apagado las luces principales y dejado encendidas solo las más cálidas

y tenues que, aunque no iluminaban en su totalidad la casa, sí que lo hacían lo suficiente

para distinguirlo todo y dar una vibra más hogareña.

Agarré el último objeto de la tula, lo saqué y lo puse frente a mí a la vez que sacaba el

encendedor y lo acercaba a la vela blanca, la cual se iluminó de inmediato.

El silencio se hizo rey, siendo interrumpido solo por el suspiro que dejé salir.

- Mi amor -inicié, dejando de lado el pensamiento fugaz de lo idiota que podría verme

en ese momento, hablando sola sentada en medio de mi casa-, espero que estés feliz en donde estés, que estés bien y, tal vez, extrañándome como yo a ti -mi mirada fija en la llama de la vela, tragando el nudo que se empezaba a hacer lugar en mi garganta-; te quería agradecer por toda tu compañía en estos 14 años, 5 meses y 11 días, fuiste la mejor compañera que pude haber tenido, y aunque me muera por estar contigo, soy consciente de que aún no es tiempo pero, que no te quepa duda de que nos volveremos a ver -esto último saliendo de mis labios en una sonrisa, mis ojos viendo borroso debido a las lágrimas acumuladas-. Te dejo ir con la promesa de volvernos a ver y estar juntas en la infinitud. Gracias por tu amor incondicional y la felicidad que me has dado, aún después de haberte ido a descansar, me enseñaste a ser bondadosa, a tener paciencia, a ser amable, a no enfadarme por cosas que no lo ameritan, a no guardar rencor y a valorar cada momento que tengo para estar viva; pero gracias, principalmente, por todo tu amor, nunca necesité que dijeras algo a parte de un maullido o un ronroneo para sentirlo -las campanas de viento sonaron suavemente, la brisa moviendo suavemente mi cabello, sintiéndose refrescante y renovadora, de alguna manera como el amor. Cerré mis ojos en este punto, a la vez que mi sonrisa se ensanchaba-. Te dije toda tu vida que te amaba, y créeme que a la eternidad le hará

falta tiempo para que yo termine de demostrártelo. Porque te amo, no en pasado, sino en presente y en futuro, te amaré toda mi vida e incluso después de ella, en la infinitud perdurara nuestro amor, el cual no se puede destruir o terminar, solo transformarse. Burbu, mi bebé, mi amor; te amo y te amaré por siempre, nada nunca nos podrá separar del amor que sentimos por la otra. Muchas gracias por todo.

Cuando abrí los ojos, la vela ya se había derretido casi en su totalidad, brillando solo por

unos segundos más, el sonido de las campas de viento imitando una canción para nosotras

en nuestro “hasta pronto”, la brisa como nunca la había sentido, el corazón latiéndome en

el pecho lleno de amor y alegría por haber tenido la oportunidad de amarla y tenerla

conmigo toda su vida.

La casa ya no sintiéndose como tal, sino ahora de nuevo como un hogar, la melodía

proveniente del balcón confirmándomelo; decidí recoger la esperma de la vela, limpiando

y llevando nuevamente el encendedor al cajón de la cocina de donde lo saqué.

Día 6

La mañana del día siguiente fue hermosa, sentía mi casa llena de amor, de frescura, de

libertad; todo transcurrió de la mejor manera, pude terminar unos pendientes del trabajo y

salir a visitar a Rin, agradeciéndole nuevamente las flores, quien solo me dijo que parecía

que habían funcionado, aunque no quise inquirir a qué se refería.

Era de noche ya, me encontraba en la silla mecedora, leyendo mi

libro en turno mientras

esperaba a mi pareja que había venido a visitarme y se había ido hacía unos 9 minutos a

sacar del carro las pizzas que habíamos comprado para nuestra noche de películas.

Escuché las campanas de cristal que venían del patio y me dispuse a ir allí, llevando

conmigo la hoja con la impresión de las huellitas y la naricita de Burbu para mostrársela a

mi pareja, al llegar allí abrí más el ventanal y me dirigí al sofá de la sala a revisar mi

teléfono, dejándolo de lado a los pocos minutos.

- ¿Quieres que te sirva un trozo de pizza de queso? -preguntó mi pareja a la vez que

cerraba la puerta principal y emprendía el camino a la cocina.

Y le hubiera contestado, si no me hubiera quedado detallando la hoja con las impresiones.

Mientras un escalofrío recorría mi cuerpo entero, tensándome completa y mis ojos se

abrían de más, rememorando los sonidos que provenían de afuera de mi cuarto la primera

noche, los rasguños.

Y entonces recordé.

Los gatos tienen 5 dedos en sus patas delanteras.

Había solo 3 marcas en mi puerta.